

# LOS VERSOS DE CORDELIA



# Desorden de Espíritu

Primera edición en LOS VERSOS DE CORDELIA, noviembre de 2018

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodecordelia.es](http://www.reinodecordelia.es)

  @reinodecordelia  [facebook.com/reinodecordelia](https://facebook.com/reinodecordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B  
28016 Madrid

© Juan Carlos Elijas, 2018

Prólogo: © Edouard Forêt, 2018

Ilustración de cubierta: © José Felipe Pidal, 2018

IBIC: DCF

ISBN: 978-84-16968-63-3

Depósito legal: M-33225-2018

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org))

si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Desorden de Espíritu

Juan Carlos Elias

Prólogo de Edouard Forêt





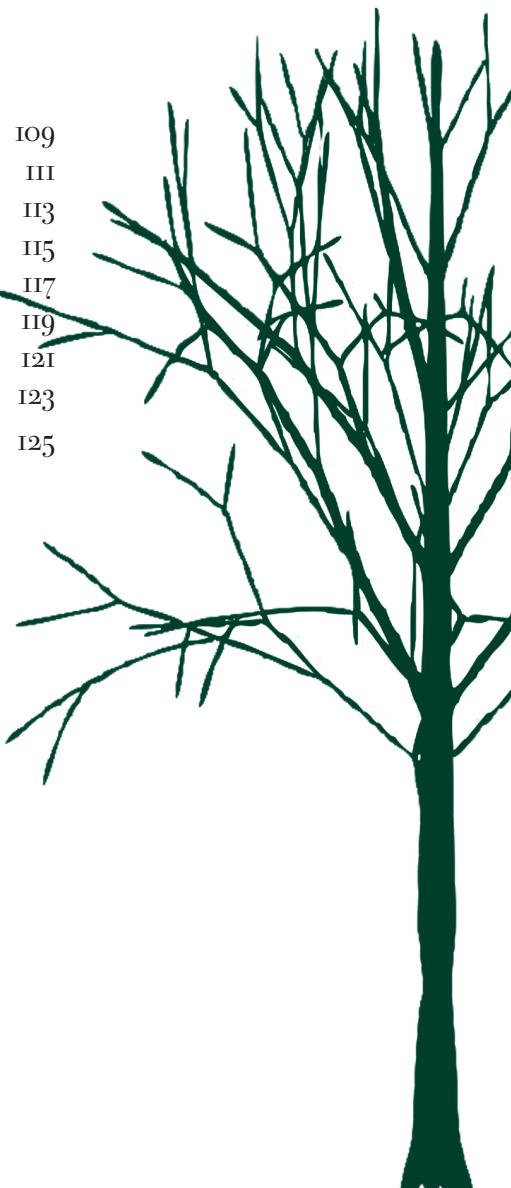
# Índice

*Ad Usum Delphini* (y no) 13

EL PRELUDIO	29
I	31
II	33
III	36
HABLADE, QUE AHORA OS OYE	37
I	39
II	40
III	42
IV	43
V	44
VI	46
VII	48
VIII	50
IX	52
X	54
XI	56

VIDA RETIRADA	59
I	61
II	63
TODO MÁS SENCILLO	65
I	67
II	40
CARTA DE SEPTIEMBRE	75
I	77
II	79
III	81
IV	83
V	85
PILAR Y DUERO	87
I	89
II	91
III	93
IV	95
V	97
EL BRILLO DEL ACEBO ANTE LA LUNA	99
I	101
II	103
III	105

CODA	109
Obertura	III
Canción	II3
Balada	II5
Jam	II7
Sonata	II9
Suite	121
Final	123
Nota del autor	125



## *Ad usum Delphini (y no)*

ME PRESENTO como aficionado a las letras y a los retos. Por ambos motivos inicio este escrito que ha de acompañar un cuerpo de poemas en disposición de ver la luz editorial.

La circunstancia de por qué esto es así hay que buscarla en el inusitado ofrecimiento por parte del autor y en mi carácter vasco (vascofrancés, se dice habitualmente, para ser exactos con mi condición geográfica) de afrontar cualquier empresa al margen de la anodina costumbre, como dice el tópico.

La cosa resultó una carambola, aunque meditada y trabajada. Me llegó el siguiente mensaje de un cercano: «Me dice un poeta que trato desde años si tienes a bien escribir un prólogo para un libro suyo que va a salir en una editorial de prestigio. Dice que no tiene gracia pedírselo a un conocido —alega no tener amigos—, por no avergonzarse al leerlo». ¿Por qué yo precisamente? Me inquietaba un tanto

el asunto. «Por una cuestión meramente formal. Yo le he hablado de mucha gente que conozco y me dijo: aquel, aquel que se llama Edouard Forêt, precisamente por eso, por llamarse así».

Quizá lo serio o lo pertinente hubiera sido declinar con elegancia o no hacer ni caso, pero a veces la luz interior avisa de que el hado está ahí, llamando a la puerta, reclamando atención. Y acepté. Gracias a ello, inicié con el poeta una relación epistolar —si se puede llamar así al intercambio de correos electrónicos— que ha fructificado en una concordancia cuando menos productiva. Estuve asimismo en Tarragona —Tárraco, como él siempre la nombra—, ciudad que no conocía, disfruté de su compañía conversando sobre la confección (y no) del poema, y conocí también a Manuel Fuentes, con quien compartimos mesa, copas y paseos. Fuentes es un prácticamente insondable y certero estudioso de la poesía y conoce muy atinadamente el trabajo de Elijas. Tomé muchas notas durante el fin semana, algunas de ellas aquí figuran. Nunca llegué a preguntar por qué el nombre —mi nombre— fue determinante: «Si no lo escribe Edouard, el libro sale sin prólogo», dicen que dijo el autor.

Y ahora se trata de que yo cuente algunas cosas de las que veo al leer, que no han de ser muchas, pues Juan Carlos es poeta de densa escritura. Y este libro es algo especial, pues se trata de una entrega de cinco —o seis, si tenemos en cuenta el fenecimiento de Europa— elegías, que tienen como objeto otras tantas vidas ya en reposo, a las que dedica afectuosamente un último canto, como si un libro de los muertos tibetano o egipcio, terapéutico y liberador, salvoconducto para atravesar el territorio del nómada en esa supuesta vida, literaria acaso, después de la vida.

Tales textos van introducidos por un preludio y cerrados con un espeso broche culturalista en siete cuerpos, a título de corolario o mar estético donde confluyen los discursos nucleares. Mostraré algunas claves y apreciaciones, fruto de las conversaciones con el autor, con el doctor Fuentes («Llámame Manolo», insistía) y alguna que otra aportación de mi factura.

«El preludio», de eco wordsworthiano, consta de tres partes compuestas por versos alejandrinos. El lector se halla ante un primer espacio en el que el punto de vista, el enfoque y el lugar desde donde se canta, conforman un referente

válido para iniciar el periplo de la lectura. Wallace Stevens afirmó que la poesía es el arte del estudioso, y así, si la primera lectura de un poema me produce emoción, inmediatamente concita mis reservas: hay, al menos, trece formas o maneras de mirar un mirlo. Se trata de un poema simplemente hermoso de bellas transparencias en las que nos reconocemos, en las tres secciones que desarrollan los acápiteis iniciales: «Así el poema, vida» (I); «Así el poema, memoria» (II) y «Así el poema, máscara» (III) que se funden en el último dístico que cierra III: «Así el poema, instante, verdad del día efímera, / imagen real, mimesis fugaz de mi metáfora».

Vida, memoria y máscara: los ejes que se desarrollan en los movimientos de los deícticos de los «aquí», el poema como cristalización de los tres vectores y no entre un aquí y un allá, o quizás sí. No es el momento ahora de detallar más. Quizás con el tiempo, quizás en la persistencia hacia el lento crepúsculo, se generará en el lector un estado de ánimo acorde con lo escrito: la emoción, según mi parecer, procede del estudio pausado, «entre el caracol y la piedra», que dice el verso, el ritmo de la sangre.

El cuerpo central, las seis elegías, se inicia con «Habla-dle, que ahora os oye», en memoria de José Luis Giménez Frontín, poeta barcelonés de la década de los setenta, al que Juan Carlos ha dedicado algunos estudios de carácter académico. Texto considerable en dimensión, repartido en once secciones con un ritmo alimentado por la prosa poética. Se aprecian ecos de José Ángel Valente, como si la poesía del mismo sirviera de puente, como si pretexto simbólico o médium para organizar la estructura del extenso canto. Quizá en memoria de *Réquiem de las esferas* (2006), del mismo Frontín.

«Vida retirada», dedicada a Javier Urruela, un paisano mío de Bilbao, biólogo, con intención horaciana y llena de vida, como una especie de conjuro para ganarle la última batalla, perdida, a la ausencia incontestable. «Javi representó una de esas tres o cuatro personas que la vida le pone a uno delante y de las que uno aprende sin que ellas pretendan enseñar nada: bastante faena tienen con sobrevivir», me decía el autor. La verdad es que no me hubiera importado tratarlo, en absoluto, a tenor de lo que el poeta dice de él y tras leer su afectuoso canto en endecasílabos clásicos.

Sí que tuve ocasión de ver actuar en directo en un par de ocasiones a Tony Urbano, tocando el bajo con el grupo *Leño*, en los primeros ochenta, cuando desarrollaba mis incipientes trabajos topográficos (de topo, quiero decir, sin que mi firma apenas figurase, siempre con las iniciales: E.F.) en la prensa madrileña. Me ha resultado entrañable la lectura de «Todo más sencillo», en curiosos dodecasílabos con cesura, con guiños constantes, con referencias a los mensajes que el *rock and roll* leñero daba en aquellos maravillosos años, cuando todo estaba por hacer y, quizás, éramos felices porque aún no se nos había muerto nadie. Un poema verdadero (entiéndaseme: la verdad recorre el artificio), escrito con el código del vecino del barrio, donde se dan muestras de la última canción que Tony había compuesto: «Recordaré, dices, cuando aquí no estuve», apunta el verso.

«Carta de septiembre», elegía y epístola, alberga una curiosa historia: el poeta y profesor Ramón Oteo Sans publicó hará un cuarto de siglo un poema —«he seguido manteniendo cierta relación solamente con un par de profesores, más allá de las aulas, de cuantos he tenido en toda mi vida, que han sido unos cuantos», me cuenta el autor— dedica-

do a Juan Carlos: «Carta de noviembre». Valga el dato para aclarar que, tras un cuarto de siglo, Juan Carlos le contesta con ciento dos alejandrinos blancos: «Estoy aquí, Ramón, con algo de retraso, / sin más particular que a vuelta de correo / girarte la presente, para corresponder / la tuya de noviembre, emotiva y atenta». De eco virgiliano, respira afecto desde el principio.

«Pilar y Duero» invita a un vuelo anímico (de ánimo y de ánima) desde Urbión a Zamora, a la frontera con Portugal, a Los Arribes, donde el Duero se despide de la Península Ibérica. El alma de Pilar Gómez Bedate —otra perdida en la vida del poeta— parece sobrevolar el río hasta llegar a su Zamora natal. La elegía está formada por infrecuentes tridecasílabos de hemistiquios 6 + 7. El verso muestra el paisaje a vista de pájaro: ciudades, acantilados, aves y arboledas que son símbolos del tête à tête de la Naturaleza frente al ser humano. La existencia poblada por un ritmo que no es otra cosa que despedida cálida, antesala de la memoria, atrio donde reside quizás una poética.

Y, por fin, en «El brillo del acebo ante la luna» destaca un componente del estilo de Elijas que se ha apreciado en

otros textos anteriores —me obsequió con un ejemplar de su *Ontología poética (1998-2014)*—: cierta pegada vestida de sátira —en este caso amable de formas y blanca de colmillo—, en lo que se podría llamar compromiso o denuncia. En el fondo, es un texto de balance de un fin de año cualquiera: el ser humano no tiene remedio, Europa se muere de anciana y muestra cansancio moral que degenera en crueldad y guardia baja, terreno abonado para la virulencia de soberbios, vanidosos y estafadores. Esa muerte serena, de nuevo endecasilábica, sobre las aguas amorosas, con Creta y Elytis de testigos.

Suponemos que tras haber vivido la muerte de cada uno de los homenajeados —el seguimiento de una enfermedad, el sanedrín de médicos que discute diagnósticos contradictorios, los ingresos, la ronda de analíticas, navegando piélagos familiares y tratando de reconstruir el orden antiguo de las cosas entre el tirio y el troyano....—, los textos se iban gestando empapándose de la vida —y sus contrarios— que habría de transformarse en poesía.

Las elegías que el lector se ha de encontrar deben trascender el conocimiento directo del muerto al que se canta y la lectura ha de despeñarse por los caminos del arte. Creo que

el libro —arquitectura y forma— está apuntalado, y de ahí que este comentario y escolio resulte contundente y escasamente difuso.

Algo me reconcilia con que la belleza será fragmentaria. Atractiva y atrayente. Las formas ya presentan la construcción luminosa de la creación, continente cosido como un poema, que supongo que es lo que nos trae a esta cita un tanto a ciegas. Lo importante, coincido con el poeta, es que cante arriba el texto, que brille la espuma de lo leído, a ver si consigue dejar poso cuando descienda.

Atención aparte merece la «Coda», de factura bien diferente, ofrecida en sintética prosa poética, sin puntos y aparte, justificada por los cuatro costados, como un bello y elegante ladrillo. Quizá la orgía barroca escultórica y pictórica anhelan fijar lo fugitivo de la palabra, pero al fijarla la fosilizan: éxtasis estático que detiene el último suspiro. Raíz de la forma, el poeta regresa al lugar donde vive con las branquias. La superficie queda para los demás: «el cuadro construye mi texto».

Y un poco así, cada una de las siete estructuras que forman el colofón titulado «Coda», muestra referencias, más o menos subliterales, al cine, a la pintura, a la música, sin

dejar de lado en ningún momento la referencia a cada uno de los evocados, ya texto, anteriores: un doble salto mortal estético.

Estas incertezas provisionales son simplemente un agradecimiento al placer que me ha provocado la lectura de este, podríamos decir, sexteto. No tratan de agotar —nada sería más estúpido en este breve ejercicio— la densidad de las referencias convertidas en emoción y ésta en arte. La belleza que anima y late en la exacta medida de la página y el verso, la arquitectura de la misma, a la manera del cuadro enmarcado, es cara a mi concepción de la literatura. Las imbricaciones entre las distintas partes del concierto o de la sinfonía (3 + 3) atraen y vuelven, regresan y progresan, amplían y abrevian: nada más lejano —y lo agradezco en el alma— al delirio semiautomático o al paisaje lírico acartonado. Los textos obedecen con maestría a una temática rectora, precisa y coherente. Frente al *modus narrandi*, se disparan fogonazos de belleza, hermosos resplandores que permanecen y serán huella.

Tras una primera y segunda lecturas, viene el estudio y la reflexión sobre la polisémica «Coda». Anoto transparen-

cias, formas de aproximarse a lo no-decible tras la letra: empeño que se resuelve, finalmente, en la escritura, ese buscar la «emoción adecuada». Y así, vengo anotando y glosando este sexteto entre mis saberes vividos y mis saberes adquiridos que se resuelven acaso en el empeño que nos une: el poeta, desde la gracia que quiso darle el cielo; el exégeta, edificando el sentir sobre el mundo de los otros. Cine, pintura y poema recorren la escritura y he de decir que un buen puñado de referencias, menos o más explícitas, son compartidas.

Juan Carlos Elijahs es un poeta estrictamente contemporáneo, puesto que reflexiona sobre el lenguaje y propone un áspero y al mismo tiempo amable estilo, que provoca el aprecio y el gusto de su poesía, en ocasiones excelente y, como lenguaje, me interesa especular sobre ella. Finalmente uno construye un texto en el que se reconoce.

Frente a la ciencia de la literatura, aun si la entrevé, el crítico permanece infinitamente desarmado, porque no puede disponer del lenguaje como de un bien o de un instrumento. El poeta expone el lenguaje mismo, no su objeto. Es así cuando se inicia la pequeña historia de lite-

ratura que cada poeta debe contener en sus textos, el estilo: la sangre, con letra entra.

No todos los que escriben poesía —me he dejado caer por más de una tertulia o cenáculo al uso, tanto en España como en Francia— asumen que el poema es una forma de organizar la realidad, no de representarla —Wallace Stevens, al fondo y al trasluz—.

El poema debe inquirir el proceso de organización que ofrece el nuevo objeto que ya poco o nada debe o mantiene con la realidad de la que partió. Y esto mismo es lo que consigue Elijas al entrar por los diversos caminos que el recuerdo de sus muertos le despierta y nos ofrece. Suyos, ya, y de nadie más, porque los ha convertido en poema. Y así, como lector lo agradezco, puesto que el discurso poético debe atenerse a la organización de la realidad. Y así le doy las gracias por regalarme la lectura.

Apuntalando la madrugada, la lectura de este *Desorden de espíritu* hamletiano me conduce a mi santuario, y ello me reconforta. Tratando de encontrar algo como el principio de realidad suficiente en la poesía de Santiago Sylvester, uno de mis poetas preferidos por esto mismo

que arriba comentó, recuerdo *Los signos en rotación y otros ensayos*, Alianza Editorial, 1971 (comprado y leído en el 79). Ahí, en el prólogo de Carlos Fuentes, encontré el verso de oro, que aún no se ha convertido en cobre: «Todo poema es tiempo y arde». A lo largo de los años he frecuentado a Paz, a veces con gusto; en ocasiones, con fastidio. A veces me he divertido y a partir de él he parodiado mi clasificación de los poetas; así, los poetas flamígeros, la llama: los Alberti, Felipes, Nerudas; los poetas del resplandor, cuando la llama cesa: elegíacos en legión, y los poetas de las cenizas: Valente, en ocasiones Westphalen, el Gelman de *Citas y comentarios*, acaso los que más me interrogan, los que me obligan, y claro, por encima de todos, Alberto Girri, cuyo verso «Ahora que hemos destituido al detestable infatulado yo» sigue siendo uno de mis emblemas.

Como lector, soy de aquellos que la emoción sólo me la transmite el juego intelectual con el texto, y a través de él llegar a construir otra emoción. Recordamos versos de otros que son nuestros. Y así llego al océano donde mi mar de palabras va a fundirse con las experiencias que los lecto-

res hayan de forjar en su inteligencia mientras atraviesan el canto.

Desde el primer verso hasta el último, todo fluye hacia la composición de una estructura de ramificación controlada, una torre de homenaje polisémica, con los referentes de la memoria de los ausentes siempre claramente definidos. Como ese río que discurre hasta su desembocadura prevista desde el epígrafe inicial, extracto de Octavio Paz: «Homenajes a la muerte del muerto que seré».

La experiencia del viaje de la lectura ha sido altamente grata. Nada se pierde, y mucho menos el tiempo dedicado al estudio de estos poemas, con el doble registro que Elijas, ceniciente, propone: la dificultad que exige escribir sencillo, apto para todo lector, y, al mismo tiempo, ese excelente final en siete cuerpos, esa contera que brilla de tan oscura, y ante la que uno tiene la oportunidad de rastrear el sentido como un Poirot, un Holmes, un Dupin, un Parodi, un Spade o un Marlowe. O un más castizo Vázquez, comisario del Cuerpo Nacional de Policía, Barcelona, años veinte, caso Savolta. Bienvenidos crímenes de la palabra.

Me despido, querido lector, como aficionado a las letras y a los retos. Por ambos motivos concluyo este escrito que ha de acompañar un cuerpo de poemas en disposición de ver la luz editorial.

EDOUARD FORÊT  
Arciniega, octubre de 2016

# EL PRELUDIO

Homenajes a la muerte del muerto que seré  
OCTAVIO PAZ

# I

ASÍ EL POEMA, fuga hacia el tiempo amarillo  
del ahora y del mundo, vida: así el poema.

Aquí encontró mi canto un lugar apacible,  
entre marchitas ruinas de un fortín legendario,  
un foso donde hoy crece la madreselva y canta  
un ruiseñor de noche por mayo, que por mayo.

Aquí, entre los pinos, almendros y acebuches,  
amanecen los fríos: escucho antes de hablar  
vuestras voces, amigos, que el viento me concede  
con premura de ardilla y dilación de erizo.  
Es el himno que fundan el instante y su cifra,  
el silencio anterior a mi palabra frágil.

Aquí encontró mi canto su idilio con el verso.  
Mis pies descalzos pisan la alfombra de semillas  
del terebinto sólido, resquebrado, sus bayas  
de corteza rojiza con sabor de pimienta  
y profundas agallas: otoño fue canción  
hasta el cristal que hermana eternidad e historia.

Aquí encontró mi canto la piedra, el caracol,  
el fósil que los funde y amoroso os recuerda.

## II

ASÍ EL POEMA, tierra entre el azar y el cálculo,  
camino en que se cruzan palabra y poesía,  
la vida y sus contrarios, memoria: así el poema.

Aquí encontró mi canto armonía y templanza,  
la música del mundo, el sendero al abismo,  
y allá al fondo respira el mar cada mañana,  
bajo la luz primera que rasga las tinieblas.  
Más acá el cementerio, bajo el pinar volcado  
sobre la tapia misma, bajo el cerro, el montículo  
desde el que aún contemplo esta incipiente luz.

Aquí encontró mi canto la sustancia del orden  
donde decir los nombres, donde aspirar las horas.

Aquí, bajo el enorme, longevo terebinto  
que tiñe generoso de púrpura la tierra,  
que alega su verdad bajo el tronco agrietado  
que extiende, verde lluvia, sus ramas contra el suelo:  
su raíz os evoca y os posee su vacío.

Aquí, en este otero de ánimas amigas  
—arpa del corazón, violín de la memoria—  
oís el blanco olor de intensa trementina  
entre la arisca brisa y la amable tormenta.  
Aquí la primavera se transforma en otoño  
sobre el raíl del tiempo y estaciones fantasma.

Aquí la persistencia hacia el lento crepúsculo.  
Así como los vientos nocturnos atraviesan  
la soledad del agua de la mina a los huertos,  
la soledad del fuego agotado en la encina,  
así la tierra húmeda alberga un manso ayer  
y conserva las huellas de una ceguera próspera.

Así como las hojas, las palabras avanzan  
hacia el muerto pacífico que habré de ser un día  
más allá del poema, cuando por fin escuche  
el fecundo silencio después de la palabra.

### III

ASÍ EL POEMA, fuga hacia un tiempo imprevisto  
de nombres perpetuados, máscara: así el poema.  
Y el caracol que avanza épico en la batalla  
del bronce con la piedra, del ritmo con la sangre.

Y así vosotros, huéspedes entre almenas, baluartes,  
como una rima huérfana en el último verso,  
ausencias requeridas, recuerdo enamorado.

Así el poema, instante, verdad del día efímera,  
imagen real, mimesis fugaz de mi metáfora.